



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Espinosa, María Fernanda; Salman, Ton

Las paradojas de la multiculturalidad

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 9, abril, 2000, pp. 42-50

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50900905>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las paradojas de la multiculturalidad

Maria Fernanda Espinosa y Ton Salman (*)

La multiculturalidad está de moda. En los Estados Unidos, en Europa, en América Latina se discute y se publica sobre el ideal y los desafíos de la convivencia multicultural, en el mundo y en los distintos países (Gordonzi Alegre 1996, González Casanova & Roitman Rosenmann, 1996, Kymlicka 1996, Taylor 1994, Abello et. al., 1998, Fraser 1992, Van Cott –en imprenta). Y aún más, en los Estados Unidos se está buscando una nueva fórmula de conceptualizar el mapa so-

En América Latina, la lucha de las culturas indígenas y negras, excluidas de los procesos de formación del Estado-Nación, ha provocado, en muchos casos, revisiones constitucionales



cietal, porque la cultura dominante se fue desmitificando y desenmascarando como imposición de una cultura wasp, la cultura blanco-anglosajona-protestante ('White Anglosaxon Protestant'). En Europa, la inmigración y las reivindicaciones de las poblaciones minoritarias obligó a reconsiderar la idea de una cultura aparentemente homogénea donde todos los ciudadanos fueran iguales, bajo la protección de un Estado de bienestar. En América Latina, la lucha de las culturas indígenas y negras, discriminadas y excluidas de los procesos históricos de construcción del Estado-Nación, ha provocado, en algunos casos,

revisiones constitucionales que reconocen la multietnicidad o multiculturalidad como característica constitutiva de la nación (Van Cott - en prensa). Sin embargo, este reconocimiento formal no ha producido todavía conceptos compartidos sobre cómo construir la multiculturalidad en la práctica.

Además de estas motivaciones regionales específicas, todas las sociedades y personas hoy en día están expuestas a la globalización, a una intensificación de contactos interculturales a través de los medios de comunicación, la transnacionalización económica, y el creciente flujo de personas, capital, productos y mercados. Por ello, nos vemos enfrentados al desafío de una compresión del mundo en que vivimos, más allá de nuestro ambiente espacio-cultural. No hace falta que nosotros busquemos la multiculturalidad; la multiculturalidad ya nos ha encontrado a nosotros.

Tres paradojas de la multiculturalidad

Parece, sin embargo, que el proyecto de la multiculturalidad enfrenta por lo menos tres paradojas. Nos concentraremos aquí en la manifestación de estas paradojas en el contexto latinoamericano. En primer lugar, la multiculturalidad como proyecto dirigido al respeto, a la convivencia pacífica, a un espacio compartido donde puede no solamente sobrevivir, sino también florecer cada una de nuestras culturas, se convierte, a la vez, en una amenaza a éstas. En el espacio cada vez más intensamente compartido, espacio de interacción, tienden a perderse las distinciones unívocas entre las culturas. De modo que lo que se quiere defender, hacer respetar y cuidar, lo que se quiere conquistar y vivir en términos de tradiciones y autoestima, en el marco de una arena multicultural pierde su naturalidad y claridad. La globalización hace que las identificaciones étnicas y culturales sean menos precisas, más porosas, y esto, de rebote, produce a escala mundial nuevas adscripciones étnicas, redefiniciones locales, y hasta, a veces, formas de neo-racismo y fundamentalismos de ínole étnico, religioso y cultural. La condición de ‘porosidad’ incita, a la vez, al esfuerzo de reforzar la impermeabilidad e inmutabilidad.

La globalización genera entonces un doble efecto sobre la pretensión de la multiculturalidad: por

una parte, hace que los contornos culturales sean más maleables y fluidos, y, por otra, incorpora la diversidad cultural como una nueva forma de capital y arena de debate político (Espinosa, 1999).

En segundo lugar, la filosofía y el ideal de la multiculturalidad es algo ajeno, o por lo menos no innato, a muchas culturas ‘subordinadas’ que hoy en día luchan, respaldándose en el criterio de la misma multiculturalidad, por su espacio y supervivencia. Y la idea de multiculturalidad es también ambigua dentro de las culturas tradicionalmente dominantes. Más bien parece que la idea de la multiculturalidad es meta-cultural y por eso incita a un doble referente para su aplicación.

En tercer lugar, las culturas no son objetos ni sujetos de lucha, de encuentro, de acuerdos, o de interacción. Las culturas son, en primer lugar, prácticas que conceptualizamos de manera abstracta en términos de características e idiosincrasias para referirnos a las distinciones. ‘Las culturas’ se refieren a lo que nos constituye y a lo que diariamente constituimos con nuestro quehacer, pero que, a la vez, es inmanejable, ingobernable y no gestionable, y que no puede ser objeto de ‘acuerdos’ sobre cómo organizar su convivencia.

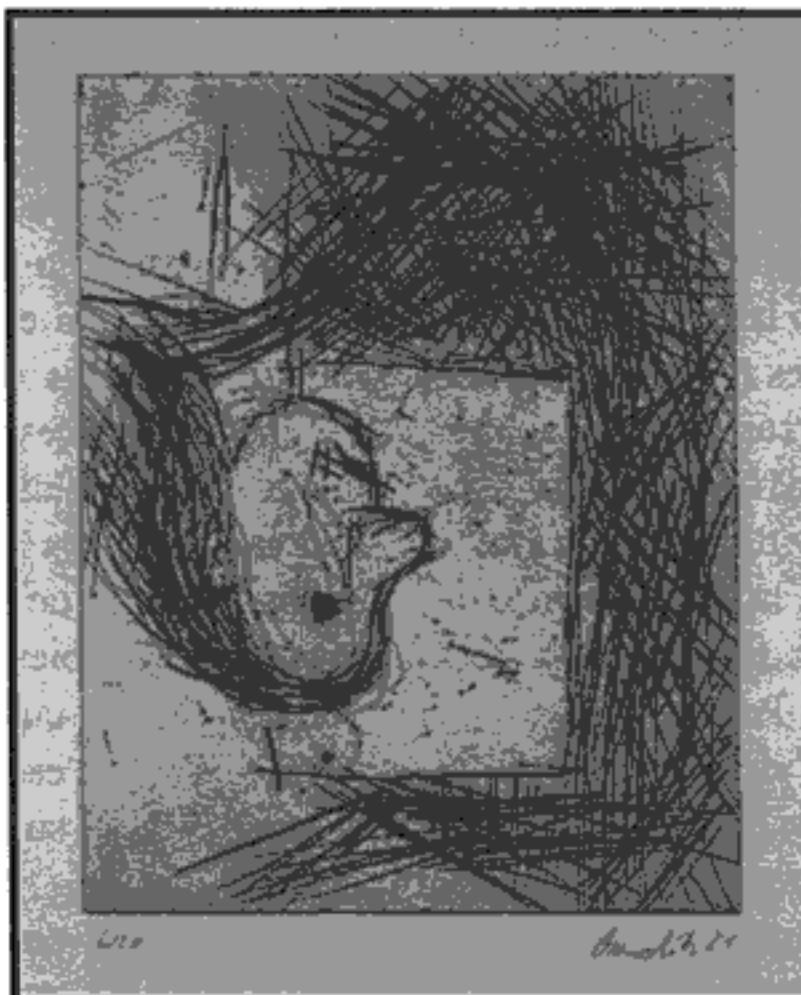
Primera paradoja: El límite borroso entre “nosotros” y “ellos”

Reflexionando sobre la primera paradoja, observamos que las culturas caracterizan y aglutinan cada vez menos a los pueblos porque las fronteras entre ‘nosotros’ y ‘ellos’ son crecientemente difusas. Esto afecta la legitimidad de las cruzadas por la integridad cultural. ¿Cuál, por ejemplo, es el sentido de una lucha por ‘nuestra’ cultura, si se toma esta cultura como herencia íntegra que debe ser protegida? ¿De qué valdría la lucha para la lengua o las tradiciones de las culturas originarias en América Latina si no se toma en cuenta a aquellos que por diversas razones ya no viven estas tradiciones ‘integralmente’? ¿Qué sentido tiene referirse a ‘la cultura nuestra’, si no se toma en cuenta, por ejemplo, a los jóvenes indígenas urbanos que viven una cultura ‘híbrida’ (Warren 1998: 42), o si se ignora que la cultura es múltiple y está afectada por lo que coexiste con esta cultura? Lo que coexiste con nosotros y crecientemente nos constituye como ‘nosotros’ es

‘Las culturas’ se refieren a lo que nos constituye y a lo que diariamente constituimos con nuestro quehacer, pero que, a la vez, es inmanejable

cada vez más complejo y tiene un carácter múltiple. Pero también es cada vez más ‘parte de nosotros’. Si tomamos la migración, la descentralización y la adaptación como amenazas a la ‘integridad’ cultural y no como su ingrediente constitutivo, y si consideramos creencias y prácticas nuevas como meras expresiones de pérdida, falsa conciencia o inferioridad internalizada, estamos considerando la cultura como una suerte de “color primario”, y a todos los colores secundarios como impurezas. En realidad, todos, todo el tiempo y cada vez más, somos alquimistas, mezcladores de color. Por esta razón parecería que tenemos que partir del *collage policromo* que continuamente pinta la gente, sin juzgar a priori la tonalidad y pureza de su tinte. En consecuencia, la defensa de la cultura que se quiere proteger sin involucrar a los individuos que ‘escapan’ de los patrones apriorísticos de una cultura determinada o que excluye a las personas que no se preocupan sobre su continuidad e integridad, se convierte en una defensa abstracta. Pero allí precisamente está el problema y la confusión: el temor a la pérdida de referentes claros produce la tentación de la ‘mujer de sal’: mirar atrás y refugiarse en la nostalgia (cf. Bengoa 1996: 25), reforzar ‘lo nuestro’ y buscar una identidad acabada e inamovible como parte de una cultura con contornos, prescripciones y límites claros, para poder entrar en una arena multicultural bien armada.

Aquí no se trata de negar o banalizar la necesidad de pertenencia y las prácticas reales, consuetudinarias del asedio a formas tradicionales de vida y convivencia. Tampoco se puede negar que, en América Latina, había y hay discriminación cultural, relaciones constituidas por parámetros socialmente institucionalizados de inferioridad y superioridad entre ‘portadores’ de distintas culturas. Hasta hoy personas de determinada cultura rechazan o encasillan como no desarrollados a miembros de otras culturas, y son estos grupos o personas, precisamente, quienes suelen definir la identidad de la nación y los parámetros para su política. Sin embargo, se debe recordar que la cultura no puede ser un cuerpo monolítico de tradiciones, prácticas, y herramientas; no se trata de un paquete heredado, sino



que está viva, es dinámica, cambiante; es el quehacer diario tanto en la normalidad como en momentos de inseguridad, amenaza y/o encuentro con representantes de otros quehaceres diarios, tanto en períodos cuando hay largas distancias con otras, como también en períodos de opresión por otras. La cultura no es un cuerpo constituido e inmutable sino que está siempre *en actu*.

Con estas consideraciones, tal vez lo que debemos repensar no son los resultados, sino las condiciones del encuentro entre culturas. No se trata de

proteger o defender culturas, sino de abogar por condiciones justas y equilibradas de encuentro de culturas, o, siendo más precisos, de los ‘portadores’ o ‘portadoras’ de diferentes culturas. En otras palabras, no es tan importante lo que hace la gente - o ‘nuestra gente’ - con su identidad cultural, sino bajo qué condiciones se dan las opciones para construir identidades culturales. No se puede reducir las identidades a los entornos culturales, sino que más bien se trata de construir condiciones para que las diversas identidades, de las que la cultura es un componente, se desarrolle sin que primen percepciones alimentadas por prejuicios y jerarquías culturales. El afán para definir y tomar conciencia sobre lo nuestro, entonces, se mantiene; no se trata de desconocer nuestra diferencia con el otro. Pero el encuentro se tiene que dar en un espacio donde no se reducen nuestras diferencias a ciertas esencias construidas a priori, homogeneizando los dos polos, sino que se definen en el intersticio del encuentro.

Segunda paradoja: la multiculturalidad es una metacultura

La segunda paradoja es que la noción de la multiculturalidad parece ser meta-cultural. Los orígenes de la noción de multiculturalidad o interculturalidad, aunque se podría rastrear en los ideales de dignidad e igualdad entre los seres humanos de la Ilustración del siglo XVIII, no es atribuible a una cultura específica. Se trata más bien del fundamento moral del funcionamiento del mundo contemporáneo. Sin embargo, su gran vigencia y discusiones actuales son el resultado de un proceso histórico-

cultural a escala mundial y con formas y niveles de desarrollo diferenciado en distintos países. La multiculturalidad es una condición conceptual y de convivencia para hacer posible por la no-discriminación entre culturas. Es la condición *sine qua non* para que las demás culturas acaten la autodeterminación de 'mi gente', y para que superemos siglos de tácita y abierta discriminación y racismo, tanto en escala mundial como local, tanto en los ámbitos discursivos como en todos los espacios de interacción. Es un valor que hoy en día, en plena globalización, deberíamos acatar, para dar una forma digna a nuestro mundo, país, y localidad compartida - pero no es un valor ni una práctica necesariamente cultural, tampoco un componente inmanente de todas las culturas que ahora participan en la multiculturalidad. La multiculturalidad entonces ejerce un cambio en las culturas en el mismo momento de establecerse como principio deseable del encuentro. En cierta medida, daría la impresión de que lo que constituye hoy la interculturalidad no son las culturas, sino más bien que es la interculturalidad la que constituye la auto-percepción de las culturas. Esto se puede explicar confrontando el ideal de la multiculturalidad con nociones sobre la 'naturaleza' de las culturas. Destacamos tres cosas:

En primer lugar, cuando el discurso multicultural exige a las distintas culturas adoptar los valores de la igualdad de derechos -entre culturas y entre personas- esto podría significar, para algunas de ellas, adoptar un elemento 'ajeno'. Luego, en base a este elemento, una determinada cultura puede defender su integridad, particularidad y tradición a través de la aplicación de esta norma universal. Se trata entonces de utilizar códigos ajenos a una determinada cultura para conquistar mayores espacios de poder, representación y respeto a la particularidad. Es una de las varias paradojas de la multiculturalidad.

En segundo lugar, sin la noción de la multiculturalidad, la lucha de ciertas culturas contra su disolución y contra la imposición cultural, sería un empeño sin fundamento relacional, una ambición cargada de solip-

sismo, es decir, una contradicción en los términos. Derechos a la identidad individual o colectiva, reivindicados en un vacío social, no pueden ser ejercidos porque no tienen con quién realizarse. La noción de multiculturalidad sustenta la posibilidad de distinguir y valorar unas culturas frente a otras. Sin el reconocimiento de la multiculturalidad no tiene sentido referirse a su cultura.

En tercer lugar, parece que el esfuerzo de cualquier cultura, y también de las culturas tradicionalmente discriminadas en América Latina por conseguir un mayor espacio, reconocimiento y valoración tiene como presupuesto inevitable la negación de la percepción de la cultura propia como entorno y práctica 'natural'. Esto quiere decir que la lucha por la emancipación presupone la conciencia de la existencia de otras culturas; o sea, presupone la conciencia de que la cultura propia no es natural, obvia. La cultura como el entorno vivido cotidiana e inconscientemente está, cada vez más, complementada por la conciencia sobre la cultura que se vive. En consecuencia, el proceso mismo de experimentar la discriminación o de luchar en contra de ella, tanto en el pasado como en el presente agrega algo a la cultura. Tal vez se debería decir más bien que se pierde algo, se pierde la inocencia de la cultura, y se pierde el automatismo, lo inadvertido de vivir como se vive, porque se sabe de otras formas de vivir y pensar. Este solo conocimiento cambia la cultura ya antes de empezar a defenderla, en el sentido de que ahora se vuelve imposible descontar otros valores y criterios para evaluar y reflexionar sobre lo nuestro. La conciencia del otro y su otraidad afecta la constitución del 'nosotros' incluso antes de definir y tratar de establecer los derechos y espacios para cada uno. Defender lo mío depende del otro no solo como amenaza, sino como coproductor de lo que considero mío y, por tanto, de lo que considero valioso o importante defender. Consecuentemente, la defensa de la integridad de la cultura propia y, por ejemplo, el derecho consuetudinario, en el mismo acto de ampararse en los criterios que fundan la idea de multi o interculturalidad, podría basarse en normas y valores que, algunas veces, dentro de la cultura que se pretende defen-



der no son considerados tales. La demanda por respeto e igualdad provoca un cuestionamiento hacia lo que se pide respetar y resulta injustificable esconderse tras la barrera de la cultura propia, cuando la demanda de respeto multicultural está sobre el tapete.

La consecuencia de todo esto es que la defensa de una cultura que considera a individuos ‘anómalos’ como descarriados o ‘perdedores de lo verdadero’, porque ya no ‘caben’ plenamente en las categorías preestablecidas de una cultura determinada, está excluyendo y no respetando las diferencias culturales. Está compartimentalizando el repertorio cultural, y censurando las desviaciones como anormalidades.

No obstante, es cierto que las condiciones actuales en las cuales se producen pérdidas de tradiciones y costumbres, y adaptaciones o asimilaciones a otras culturas, es muy desigual. No estamos, ni mucho menos, viviendo un ‘encuentro’ de culturas, sino más bien un proceso de constante usurpación causado por grandes desigualdades en las potencialidades de distintas culturas de imponerse y determinar las condiciones de este encuentro. Hay que tomar en cuenta entonces que la defensa de la cultura ‘pura’ y la exacerbación de la diferencia refleja estrategias de emancipación dentro de un universo que aún suele tomar la cultura mestizo-occidental como estandarte para el funcionamiento diario de las cosas y para proyectar su ‘desarrollo’ (Salman 1996). Este elemento estratégico de lucha por una interculturalidad digna de este nombre no debería pasar desapercibido, porque revela la dimensión conflictiva dentro de un universo en el cual los ‘portadores’ de culturas son colocados en determinadas estructuras de poder. Pero no por ello las defensas culturales escapan de lo ‘relacional’ de sus posiciones y autoidentificaciones. Por eso, la pertenencia y autoconciencia cultural no son atributos endógenos, sino que son ‘significantes’ gracias a un determinado universo de significados, tanto hostiles como favorables a la posición propia. El asunto es, por lo tanto, que la insistencia en el valor, la continuidad y las cualidades inherentes a ciertas culturas, es producto de influencias externas y de discontinuidades. Por lo tanto, es la resignificación de dichas cualidades en un entorno que éticamente se entiende como

multi o intercultural lo que le da verdadero sentido. Defender las culturas ‘autóctonas’ como si fueran herencias que sobrevivieron e incluso quedaron estáticas por su trayectoria de los últimos siglos, es deificar la presencia y las reivindicaciones actuales de los pueblos indígenas y afroamericanos, y es deificar la propia noción de ‘cultura’.

Tercera Paradoja: ¿Cómo defender una categoría abstracta como la cultura?

Finalmente, la tercera paradoja es que la cultura como categoría abstracta es ‘indefendible’. Las culturas no ganan ni pierden, no tienen existencia ontológica ni son sujetos portadores de victorias o derrotas. Las culturas no son los ingredientes de la multiculturalidad, porque no se trata de preparar una receta, donde todos los elementos contribuyen al sabor final. No estamos haciendo una torta, sino desordenando la despensa. Una despensa sin guardia ni dueño.

No se trata entonces de un ‘respeto entre culturas’. Las culturas no se pueden respetar, y la pregunta es ¿en qué medida pueden ser ‘objetos’ de respeto? El respeto se produce entre individuos, y tal vez grupos, pero no entre entidades abstractas.

Además, no se debería respetar a una persona exclusivamente por el hecho de ser de otra cultura. Respetar o valorar otras culturas, sin el conocimiento de las mismas, no tiene mayor significación, e incluso se puede convertir en una actitud vacía y retórica. Es un comportamiento que se basa más bien en una fórmula de cortesía, en una conciencia solipsista de ‘lo políticamente correcto’ más que en un verdadero respeto. De este modo, se le niega sentido verdadero al otro, se lo excluye de nuestro propio universo de pensamiento, juicio, y diálogo por considerarlo diferente a priori, a merced de mi tolerancia, sin tomar en serio lo que me podría decir o enseñar o lo que me podría desagradar. Esta actitud es menos deseable aún que el abierto desprecio del otro porque está basada en una presunción. Sin embargo, paradójicamente, el respeto es un paso imprescindible hacia la convivencia multicultural aunque no tiene mayor significación si no se articula a un diálogo, a un encuentro, e incluso a un cuestionamiento a ‘la cultura’ del otro.

Las culturas no se pueden respetar, y la pregunta es ¿en qué medida pueden ser ‘objetos’ de respeto? El respeto se produce entre individuos, y tal vez grupos, pero no entre entidades abstractas

El desafío es entonces analizar críticamente estas tres paradojas resultado de la realidad actual de la descentralización, tanto espacial como en términos de los contenidos de las culturas. Este es un ejercicio necesario que no puede, sin embargo, ser conducido o guiado por ninguna cultura en particular. De hecho, las relaciones inter e intraculturales se producen como parte de las interacciones. Se trata más bien de un espacio en el que los individuos, con distintas trayectorias colectivas e individuales, busquen, definan, exploren, quiénes pueden y quieren ser. Es un proceso sin horizonte cultural fijo, pero, a la vez, inspirado por patrones culturales que conforman identidades individuales y colectivas, y estos patrones culturales pueden ser cuestionados permanentemente. De no ser así, estaríamos viviendo más bien una suerte de indiferencia multicultural o, como dice Iris Young, una "otredad no asimilada" (Young, 1990). Por lo tanto, no hablamos de un marco abstracto de oposición entre lo verdadero y lo impuesto o lo subalterno y lo dominante, o lo 'de ellos' y lo 'de nosotros'. La tarea no es salvar una determinada cultura porque ha sido excluida o subordinada, sino crear espacios para que pueda reinventarse constantemente, aunque esto puede significar la pérdida de algunas tradiciones, de unidad y homogeneidad. Lo central no es rescatar culturas 'verdaderas' en las que determinadas personas deben calzar. Se trata de vivir en un universo que se enriquece por su diversidad pero que no impone verdades e inmunidades culturales.

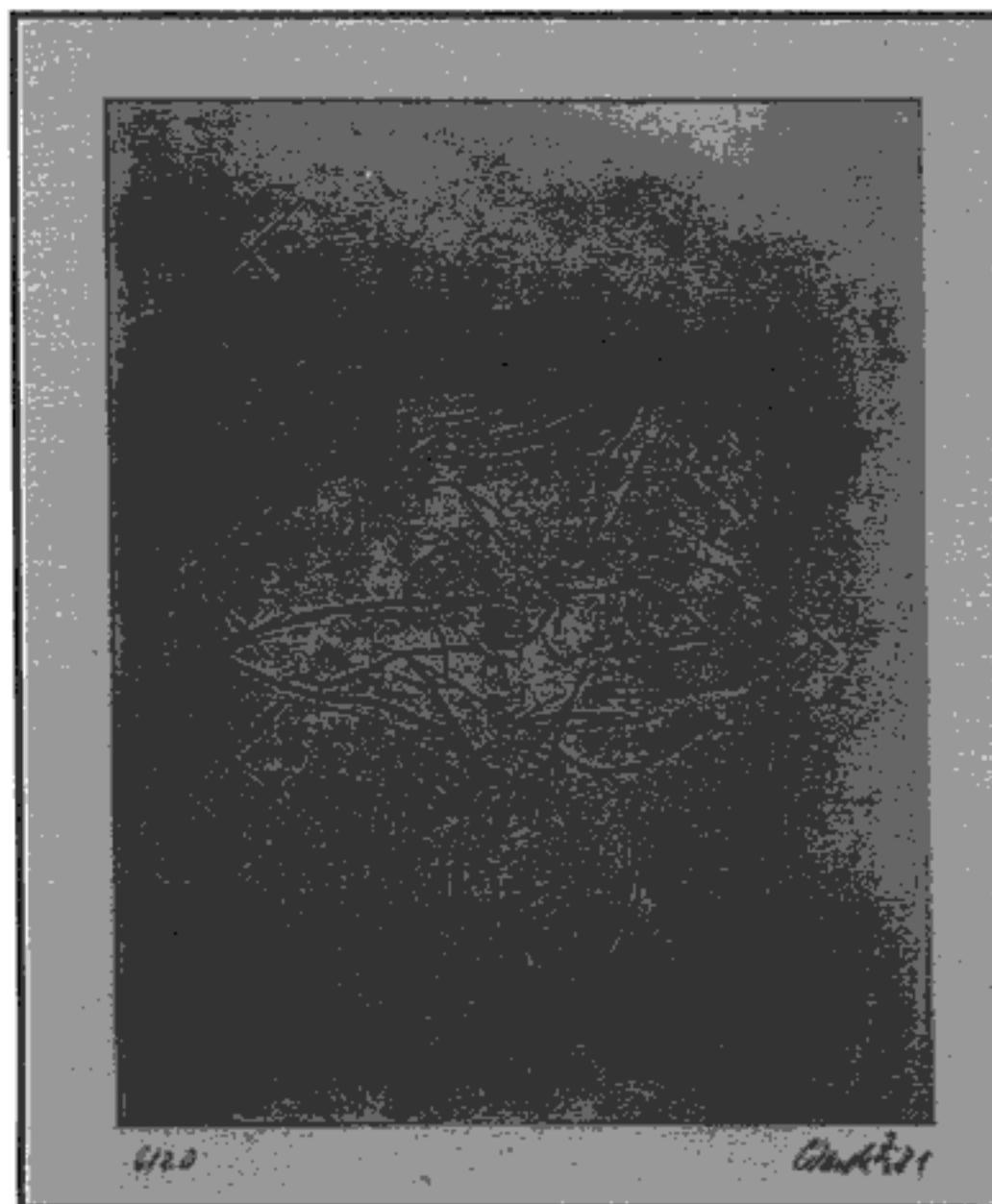
Todos sabemos qué es cultura, y a la vez, nadie lo sabe. Sabemos que nuestra socialización, nuestro entorno social, nuestras prácticas, rutinas y creencias, la percepción de nuestro ámbito natural y social, nuestras religiones y costumbres, son culturales. Sabemos también que la reflexión sobre las cualidades y características de todos estos elementos culturales, es cultural. Y también lo es la

percepción sobre la fuerza y vitalidad o debilidad, la modernidad o el 'atraso', la predominancia o la subordinación de culturas propias y ajena. Pero no sabemos con claridad cómo hacer un análisis no cultural de todo esto. No tenemos cultura, somos cultura y por eso no puede haber una perspectiva o una reflexión meta-cultural. Cualquier estudio o contemplación sobre la cultura -la propia o la ajena- es una construcción cultural. Es decir, también la defensa, la protección o la crítica hacia las culturas es cultural, y esto, a su vez, significa que la frontera entre la cultura como entorno natural y cotidiano y su conceptualización consciente y la reflexión sobre ella, es cada vez más vaga, compleja y es, como hemos dicho, esencialmente cultural. La única manera de estar consciente de esta circularidad de la cultura y las reflexiones sobre ella es entonces conocer, tratar de entender la cultura propia y la ajena.

De esto se desprende que las culturas no son tradiciones paralelas, simultáneamente 'originarias' o que establecen un muestrario de la variedad del ser humano. Las culturas no son repertorios dados ni legados con esencias irremplazables que pueden oprimirse, prohibirse, perderse o desplazarse

de manera súbita. La cultura no desaparece sino que se renueva, se crea, se deja influir, es porosa y permeable, expansiva y con poder de penetración a la vez.

Por ello, la lucha por la recuperación o revitalización de rasgos culturales tradicionales, es, en cierta medida, una cultura dentro de otra más amplia que se autoidentifica como multiétnica y multicultural, pero que, a la vez, sigue estando marcada por fuertes asimetrías. La emancipación, entonces, refleja posiciones desarrolladas en un determinado entorno de lucha, de negociación; en un mundo donde, de manera específica, la multiculturalidad es un tema cultural controversial. La lucha y las posiciones que en ella se defienden reflejan además



cambios políticos y culturales mundiales en torno al discurso sobre los derechos de los pueblos minoritarios y la historia cultural concreta de un país. Aquí se trata más bien de lo que Whitten llama la ‘ideologización de las diferencias culturales’ como un arma política legítima para el reconocimiento de derechos, espacios, recursos, etc. (Whitten 1988).

Por lo expuesto, no parece adecuado ajustarse, en la comprensión de la multiculturalidad, a matrices genéricas. Estas matrices pueden desvirtuar los intentos por abogar en favor de sociedades menos excluyentes. Las culturas no existen como reservas intactas y monolíticas sino más bien como prácticas y creencias actuales que resultan de una larga historia de hostilidad, dominio y exclusión hacia unas y privilegios hacia otras. El Ecuador es un conglomerado de prácticas culturales de distinto origen, una ‘ fusión-en-actu’ de culturas que resultan de determinadas historias de contacto e interacción. Identidades, tradiciones y culturas son, en este contexto, el resultado de una discontinuidad y de la permanente redefinición, interna y externa, de fronteras, más que de una continuidad. La multiculturalidad y la emancipación de las culturas indígenas y afroecuatorianas en el Ecuador debería ser un proceso de reinención, reconstrucción, reidentificación, no tanto en base a las tan mentadas ‘raíces culturales’, sino sobretodo en base a la historia de haber vivido, como comunidad, pueblo o nacionalidad discriminada en una sociedad dominante blanco-mestiza. Esta historia, por cierto, ha entrado en un nuevo momento en las últimas décadas, debido a que la asimetría de poderes entre portadores de distintas culturas ha sido duramente cuestionada y ha servido de referente

para intensos y prolongados procesos de lucha y negociación. Se trata, entonces, más bien de luchar contra la discriminación concreta, contra la ‘naturalización’ de las asimetrías sociales cotidianas, contra prejuicios y exclusiones, contra la salida de un ‘huequito’ tolerado para unas tradiciones ‘pre-modernas’ mientras que sigue en pie una sola conceptualización de lo que es ‘desarrollo’, ‘progreso’ e ‘institucionalidad modernizada’. No se trata de una igualdad abstracta entre culturas, sino de una voluntad plena y sincera de todos de cuestionar tradiciones, pero también discursos en los cuales unos son ‘materialistas’ y otros ‘espirituales’, o unos ‘avanzados’ y otros ‘cerca de la naturaleza’, o discursos en los cuales unas prácticas aparecen como estandarte y otras como...tradiciones - o incluso discursos en los cuales la diversidad es celebrada como atractivo folclórico o expresión de la biodiversidad humana.

En realidad, todas las sociedades tienen, y cada vez más, un grado de multiculturalidad. Si reconocemos que dicha multiculturalidad es fundamentalmente una arena de conflicto, el problema central es entonces explorar cuál es el contenido, condición, asimetría, forma de exclusión, para establecer acuerdos de convivencia, formas de negociación de la diferencia, o mecanismos de resistencia. De eso se trata la democracia: de definir conjuntamente cómo vivimos juntos, y de hablar sobre los parámetros del diálogo sobre esta definición.



(*) Profesora investigadora de FLACSO, y profesor asociado de FLACSO

BIBLIOGRAFIA

- Abello, Ignacio, Sergio de Zubiria & Silvio Sánchez, 1998, Cultura: teorías y gestión, San Juan de Pasto (Colombia): Ediciones Unariño.
- Albú, Xavier, 1996, "Nación de muchas naciones: nuevas corrientes políticas en Bolivia", en: Pablo González Casanova & Marcos Roettman Rosenmann (coordinadores): *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*, México: UNAM/Demos, pp. 321-366.
- Assies, W.J & A.J. Hoekema, 1998, *Indigenous peoples' experiences with self-government*, Copenhagen/Amsterdam: IWGLA/Universidad de Amsterdam.
- Bengoa, José, 1996 La comunidad perdida - ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile, Santiago: SUR Ediciones.
- Convenio Andrés Bello, 1996 Boletín Internacional, del Instituto Internacional de Integración Andrés Bello, No 73, Diciembre, La Paz.
- DANIDA y otros (edición), 1997 Las lenguas indígenas dentro y fuera de la escuela (informe II Congreso Latinoamericano de Educación Intercultural Bilingüe), Santa Cruz.
- Espinosa, María Fernanda, 1999, "Repensar la Democracia en Sociedades Pluriculturales y Postcoloniales", en: *Spiritus*, Edición Hispanoamericana, no. 155, junio, Quito, pp 75-83.
- Favell, Adrián, 1998, "Multicultureel burgerschap in theorie en praktijk - empirische analyses in de toegepaste politieke filosofie", en: *Kritiek - Tijdschrift voor Filosofie* 72 (Amsterdam), pp 67-85.
- Featherstone, Mike, 1994, "Global Culture: an Introduction", en: Mike Featherstone (ed.): Nationalism, Globalization and Modernity, London: Sage Publications, pp. 1-14.
- Fraser, Nancy, 1992, "Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy", en: Calhoun, C. (ed.): Habermas and the Public Sphere, Cambridge MA: MIT Press.
- Friedman, Jonathan, 1995, Cultural Identity and Global Process, London, Sage Publications.
- Fuentes, Carlos, 1992 The buried mirror - Reflections on Spain and the New World, London: Houghton Mifflin.
- Geertz, Clifford, 1993 [1973], The interpretation of Cultures, London: Fontana Press.
- Godenzi Alegre, Juan, 1996, "Construyendo la convivencia y el entendimiento: educación e interculturalidad en América Latina", en: Juan Godenzi Alegre (compilador): *Educación e interculturalidad en los Andes y la Amazonía*, Cuzco: CBC, pp 11-18.
- Kymlicka, Will, 1996 [1995], Ciudadanía multicultural, Barcelona: Paidós.
- Salman, Ton 1996, "The Locus of Dispersion: Studying Latin American Popular Culture in the 1990s", en: Ton Salman et al (eds): *The Legacy of the Desinherited: Popular Culture in Latin America: Modernity, Globalization, Hybridity and Authenticity*, Amsterdam: CEDLA, pp 3-32.
- Salman, Ton, 1997, Zo zijn onze manieren, ensayo-reseña de a) Charles Taylor: Multiculturalism, Princeton University Press 1994; b) Sadik Al Azm: Kritiek op godsdienst en wetenschap, Amsterdam, El Hizra, 1996, y c) Juan José Schreli: El asedio a la modernidad, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1995 (1991), en: *Algemeen Nederlands Tijdschrift voor Wijsbegeerte* 89(4), pp 272-281.
- Speiser, Sabine, 1996, "Interculturalidad en la educación: algunas reflexiones sobre un contexto necesario", en: Juan Godenzi Alegre (compilador): *Educación e interculturalidad en los Andes y la Amazonía*, Cuzco: CBC, pp 105-113.
- Tamayo Caballero, Carlos, 1998, "Cómo superar el etnocentrismo", en: *Educación Superior y Desarrollo* 2(1), Primer Semestre, pp 133-141.
- Taylor, Charles, 1994 Multiculturalism, Princeton University Press.
- Van Cott, Donna Lee, forthcoming
The Friendly Liquidation of the Past: Democratization and Constitutional Transformation in Latin America: Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Wallerstein Immanuel, 1994, "Culture as the ideological battleground of the modern world system" en: Mike Featherstone (ed.), Nationalism, Globalization and Modernity, London, Sage Publications, pp. 31-56.
- Warren, Kay, 1998, Indigenous Movements and their Critics - Pan-Maya Activism in Guatemala

la, Princeton University Press.

- Whitten, Norman E., 1988, "Historical and Mythic Evocations of Chthonic Power in South America", en: Hill, Jonathan D: Rethinking History and Myth. Indigenous South American Perspectives on the Past, University of Illinois

Press, Urbana.

- Young, Iris, 1990, "The ideal of community and the politics of difference", en: Linda Nicholson (ed.) Feminism/ Postmodernism/ Community, Routledge, New York.